

Cultura y sexualidad en la Argentina de los sesenta: usos y resignificaciones de la experiencia trasnacional

ISABELLA COSSE
Universidad de San Andrés

¿Existió una revolución sexual en la Argentina? Los escasos estudios que han intentado responder esta pregunta ofrecen una respuesta ambigua. Según sus resultados, en los años sesenta se comenzó a hablar más libremente sobre la sexualidad, se aceptaron las relaciones prematrimoniales y las uniones consensuales, produciéndose un debilitamiento de los prejuicios de la doble moral de género, mediante el rechazo, por ejemplo, de la asociación entre la decencia y la virginidad femenina. Sin embargo, estos mismos análisis advierten la moderación de estas transformaciones: estuvieron limitadas a las clases medias altas y no provinieron, ni dieron lugar al protagonismo de los movimientos feministas o de las minorías sexuales, resaltándose las contradicciones entre modernidad y tradicionalismo, el impulso y las resistencias al cambio. Estas conclusiones se realizan basándose en una comparación, implícita o explícita, con los estándares de la revolución sexual en Europa y Estados Unidos, que conduce a una evaluación del proceso argentino según su mayor cercanía o lejanía respecto a dichos parámetros.¹

El objetivo de este texto no es discutir el carácter moderado del proceso sino explorar un enfoque diferente para pensar la relación entre el proceso local y la dimensión trasnacional de la revolución sexual.² Los años sesenta han sido considerados el momento de inicio del proceso de globalización, entendido como un aceleramiento del flujo de intercambios a escala mundial, realizados con independencia de los Estados, en el contexto del surgimiento de una economía trasnacional y del desarrollo de los medios de comunicación, fenómenos especialmente relevantes en el plano cultural.³ De todos modos, en la década del 60 el

????????????

proceso de globalización no tenía la envergadura y el significado que adquiriría dos décadas más tarde: los flujos de intercambios no tenían la misma velocidad y fluidez, no existía la idea de pertenecer a un mundo absolutamente conectado a escala planetaria y los marcos nacionales y regionales pesaban con fuerza en las alianzas y proyectos con objetivos a escala mundial. En ese sentido, en este trabajo se ha preferido usar el término "transnacional" para dar cuenta de la existencia de un mercado transnacional de productos culturales, el aumento de la circulación de ideas, modas y personas mediante los nuevos medios de comunicación y el surgimiento de nuevas redes, organizaciones y movimientos internacionales (formales e informales) que sostenían marcos culturales compartidos, más allá del control de los Estados nacionales. Este proceso de "transnacionalización", enmarcado en el avance de la hegemonía cultural norteamericana, actualmente ha sido observado no sólo como expresión de la dependencia de los países no desarrollados sino también como generador de relaciones complejas y nada lineales entre, por ejemplo, las estrategias de mercado mundiales, las políticas del Estado y los movimientos culturales.⁴

En el marco de esta perspectiva, en las páginas siguientes se estudia el influjo que tuvo la dimensión transnacional en las estrategias de ciertos actores culturales en la Argentina comprometidos, en distinto grado, con la intención de cambiar los códigos imperantes en materia sexual. Mediante este análisis se intenta entender algunos rasgos de la circulación de las ideas y valores en torno a la sexualidad en la Argentina y el proceso mediante el cual los actores locales importaron, se apropiaron y resignificaron interpretaciones, informaciones y modelos culturales surgidos en otras latitudes. En los hechos, estos procesos pueden remontarse al proceso de modernización promovido por las élites decimonónicas en América Latina pero en la década del sesenta el fenómeno adquirió mayor rapidez, se desmarcó del Estado, trascendió a las élites e involucró un espectro amplio de actores.

En Argentina los años sesenta constituyeron una época "bisagra" entre el auge del modelo de la domesticidad y la consolidación de pautas de organización familiar sobre nuevos presupuestos como el divorcio, la integración de la mujer al mercado de trabajo, la difusión de las uniones consensuales y la natalidad fuera del matrimonio.⁵ En el país, en las primeras décadas del siglo XX emergió un modelo familiar basado en la pauta nuclear, la natalidad reducida, el matrimonio indisoluble, la doble moral sexual y la división de género que confinaba a la mujer a las tareas domésticas y el cuidado de los niños y que otorgaba al varón la autoridad y la responsabilidad del sostenimiento económico. La pauta de doble moral sexual, uno de los pilares del modelo de la domesticidad, definía la identidad femenina y masculina, los espacios de socialización y las actitudes ante la sexualidad. La decencia de las jóvenes estaba asociada a su

pureza sexual y la identidad de las mujeres basadas en su condición de hijas, esposas y madres. Para los varones, en cambio, la masculinidad estaba unida al desarrollo y experimentación sexual y la madurez vinculada al logro de una posición laboral y a su capacidad para constituir y sostener una familia. Los noviazgos eran severamente controlados por los padres, las relaciones sexuales prematrimoniales eran condenadas y la maternidad soltera constituía un serio estigma social. Los mandatos de la familia doméstica demarcaron la normatividad social, aún cuando parte importante de la población vivió bajo otras formas de organización familiar.⁶

En los años sesenta, los emprendimientos culturales jugaron un papel significativo en el cuestionamiento del modelo de la domesticidad y en la promoción de nuevas actitudes hacia la familia, la pareja y la sexualidad en el contexto de una renovación completa del escenario cultural. En esta época, las editoriales florecieron en base al mercado interno, el mundo de las revistas cobró nueva vitalidad mediante el recambio de los estilos periodísticos y la televisión se instaló definitivamente en los hogares como muestra el crecimiento del 35% del parque de aparatos entre 1960 y 1965.⁷ La efervescencia cultural coincidió con una etapa de avance del autoritarismo en un clima crecientemente represivo y moralista profundizado con el golpe de Estado del general Juan Carlos Onganía en 1966, durante el cual a la prohibición del peronismo se le sumaron las otras fuerzas políticas, se intervinieron las universidades y se censuraron las más variadas manifestaciones culturales. La profundización de la censura fue un ejemplo del andamiaje represivo y del peso de la ideología tradicionalista e integrista en el gobierno que intentó frenar la difusión de valores y costumbres que, desde su óptica, representaban los valores materialistas y anticristianos que asediaban a Occidente desde siglos atrás.⁸

La renovación del escenario cultural resultó de la confluencia de un campo cultural vigoroso, industrias culturales dinámicas y un público consumidor en expansión. El público y el mercado de los nuevos emprendimientos fueron los sectores medios urbanos, especialmente el espectro más joven, caracterizado por una mayor escolarización, capacidad adquisitiva y tiempo libre para el ocio cultural. En 1960, los sectores medios constituían el 43% de la población, habían mejorado su estándar de vida mediante el acceso a la educación media, la adquisición en propiedad de su vivienda y el consumo de bienes y servicios, como los electrodomésticos y las vacaciones pagas.⁹ Desde una perspectiva generacional, los jóvenes de los sectores medios estaban viviendo experiencias inéditas en sus familias de origen, como la posibilidad de cursar estudios secundarios y universitarios, retrasar su ingreso al mercado laboral e insertarse en un medio social y cultural nuevo.¹⁰ Los patrones de consumo y los estilos de vida, entre los cuales se encontraban los valores respecto a la familia, la pareja

y las relaciones sexuales, constituyeron una zona de escisión generacional y sirvieron para reafirmar los nuevos estatus sociales de los jóvenes.

El modelo de la domesticidad había sido el marco en el cual los progenitores de los jóvenes de los años sesenta se habían socializado y constituido sus familias. Sus hijos, en cambio, lo estaban haciendo en un período en el cual ese modelo familiar comenzó a ser cuestionado. Justamente, los nuevos actores culturales promotores de este cuestionamiento presuponían que la sociedad argentina estaba atravesando profundos cambios en el plano de las relaciones de pareja y la sexualidad y legitimaban su existencia en tales transformaciones. Pero también compartían la percepción de estar desafiando la moral sexual y de participar de un proceso de transformaciones trascendían las fronteras nacionales.¹¹ De tal forma, en el país desde un comienzo estos fenómenos estuvieron asociados a las experiencias en otras sociedades.

La percepción de la dimensión mundial se inscribía en una conceptualización general del proceso de cambio social, fuertemente influida por la sociología y la psicología, cuyos paradigmas en los años sesenta se hicieron hegemónicos para pensar al individuo y la sociedad. Desde el esquema de la teoría de la modernización, se pensaba que la familia y las relaciones de pareja estaban en el centro de un conjunto de transformaciones que afectaban la economía, la cultura y los valores dentro del tránsito de las sociedades tradicionales a las modernas. A partir de esta interpretación, cuya difusión estuvo asociada a la figura de Gino Germani, las transformaciones en la vida privada eran concebidas como un resultado inevitable del desarrollo social, cuyas consecuencias, al mismo tiempo, tenían repercusiones sobre la sociedad.¹² No casualmente, esta confianza en el desarrollo se expresaba en una ilusión compartida de poder instaurar la modernización económica y en las hondas discusiones sobre el camino para llegar a ella. En el marco de ese diagnóstico, se le otorgó a la psicología la doble tarea de impulsar los cambios y de orientar a los individuos y entidades colectivas en una etapa en la cual los valores y prácticas estaban cambiando acelerada e irremediablemente. Dentro de esta misión "orientadora", dado el impacto del psicoanálisis en Argentina, la sexualidad tuvo un lugar central.

En resumen, los actores culturales proclives a modificar las costumbres sexuales compartían una visión del proceso de cambio dentro del cual el cuestionamiento de la doble moral sexual era visto como una consecuencia inevitable de la urbanización y la modernización. Sin embargo, tras este marco común, existió un amplio abanico de posiciones en torno a las transformaciones en la sexualidad que se articularon con diferentes evaluaciones y apropiaciones de la dimensión transnacional del proceso. Las páginas siguientes están dedicadas a analizar esta articulación en dos emprendimientos culturales de significativa importancia en

la época, concebidos hoy como precursores de las nuevas tendencias, y que tuvieron diferentes características, alcances sociales y perspectivas.

La mediación moderada de Eva Giberti

En los años sesenta, Eva Giberti fue una de las figuras centrales de la renovación de la educación de los niños y adolescentes de los sectores medios en la Argentina. En 1959, ya graduada en Asistencia Social, al regresar de un viaje de formación en Europa, comenzó a publicar una columna denominada "Escuela para padres" en la prensa, que la posicionó rápidamente como una de las divulgadoras más importantes de una nueva forma de crianza de los niños en los medios masivos de comunicación, en sintonía con la prédica de Florencio Escardó, su marido y un reconocido pediatra, promotor también de la renovación. Inicialmente su columna se publicó en el diario *La Razón* y posteriormente en distintas revistas femeninas de difusión masiva (*Para Ti, Vosotras, Mamina y Nuestros Hijos*) que dieron lugar a dos compilaciones (*Escuela para padres y Adolescencia y Educación sexual*) que, según la editorial, vendieron aproximadamente 200.000 ejemplares, sin contarse ediciones no autorizadas, sólo en la Argentina.¹³ El periodismo era parte de un emprendimiento más global en el cual figuró la coordinación de la Escuela para padres, una institución dedicada al asesoramiento en los problemas familiares, en el marco del Hospital de Niños, además del consultorio privado, el dictado de conferencias y cursos, la conducción de programas de televisión y la publicación de libros.¹⁴

A lo largo de la década, las ideas de Giberti sobre la familia y la sexualidad se modificaron en consonancia con los cambios culturales de la época. Inicialmente pensaba que su misión consistía en colaborar con los padres para que los niños se convirtieran en personas equilibradas y sanas mentalmente. Más adelante, hacia el final de la década, este objetivo pasó a inscribirse dentro del interés más general de cambiar la sociedad, considerando que la transformación de los modelos de relación en la familia constituía una revolución "casera", concebida como la esencia de "las grandes transformaciones".¹⁵

Este programa estaba dirigido a los sectores medios y populares, más que a las vanguardias y la intelectualidad.¹⁶ Sus notas periodísticas, escritas en forma llana, no requerían un lector entrenado y exigente, y fueron publicadas en medios de gran tirada, destinados a un público masivo.

Giberti propuso un programa de corte psicológico para la educación de los niños basado en la aceptación de la individualidad y autonomía infantil y el rechazo de la violencia y el autoritarismo en las relaciones familiares. Dado que, según explicaba, los niños exteriorizaban las patologías de su entorno, la

educación de los hijos les exigía a los padres una introspección acerca de su vida, su relación de pareja y de la forma en la cual ellos habían sido criados, impulsándolos a una exploración dolorosa y conflictiva de sí mismos.

Dentro de este estilo, el rechazo del autoritarismo y la violencia se objetivaba en un sinnúmero de ejemplos concretos de actitudes, reacciones y prejuicios supuestamente habituales en los hogares. Así, se describían madres que amenazaban a sus hijos diciéndoles que no los querían más si no se portaban bien, hombres que habían elegido una esposa absorbente que hacía las veces de madre y parejas que escondían su fracaso matrimonial en los cuidados de su descendencia, por sólo nombrar algunos ejemplos.¹⁷ Con estas descripciones el público fácilmente podía objetivar el grado en el cual su propia familia se apartaba de los modelos de relación considerados sanos y convenientes.

La crítica de las relaciones familiares no alcanzaba al cuestionamiento del papel del matrimonio en la constitución de una familia, la división de género de la domesticidad y la definición de la identidad femenina en función de la maternidad, si bien se proponían transformaciones en estos planos, es decir, no atacaba las bases del modelo familiar. Justamente, puede pensarse que la popularidad de Giberti devino de haber propuesto un programa de transformaciones para las relaciones familiares que no impugnaba por completo las pautas establecidas, ofreciendo una vía para cambiar dentro del horizonte tranquilizador del orden instituido y venciendo posibles resistencias de quienes enfrentaban la necesidad de educar a sus hijos en una etapa de mutación del paradigma de crianza y que observaban con reticencias las transformaciones.¹⁸ La novedad del planteo radicó en la enunciación abierta de la importancia de la realización personal, el respeto a la individualidad, del clima de confianza y camaradería en las relaciones familiares.

En este planteo general, el papel adjudicado a la sexualidad también fue variando a lo largo de la década. Resulta interesante observar las diferencias entre el lugar de la sexualidad en su primera compilación, *Escuela para padres*, que reunió artículos escritos entre 1959 y 1961 y *Adolescencia y educación sexual*, cuya primera edición data de 1968. En *Escuela para padres*, se planteaba que la educación sexual era una parte esencial de la educación de los niños que debía ser asumida por los padres con responsabilidad, desde los primeros años de vida. Se recomendaba decir siempre la verdad a los niños sobre el sexo, contestar con naturalidad sus preguntas, sin adelantarse a su curiosidad y evitando los detalles innecesarios. A pesar de este planteo, se le dedicaba a la sexualidad sólo unas pocas páginas y, si bien se daban recomendaciones para explicar el alumbramiento, nada se decía sobre cómo hacerlo respecto al acto sexual.¹⁹ A pesar de sus límites, esta posición implicaba el mandato de hablar con la verdad sobre el

sexo a los niños, lo cual significaba un cambio de envergadura en un contexto en el cual estos temas eran tabú.

En cambio, en *Adolescencia y Educación sexual*, como prefigura el título, trató de forma mucho más explícita sobre el papel de la sexualidad, contuvo un mayor número de recomendaciones concretas y asumió una postura más clara sobre los cambios en las costumbres sexuales. Este cambio de énfasis está relacionado con la importancia que la sexualidad había adquirido en la sociedad argentina, como demuestran los numerosos ensayos y libros publicados sobre la temática en los primeros años de la década y con el predominio que adquirió el paradigma psicoanalítico freudiano en Buenos Aires y en la óptica de la autora, quien, por otra parte, había comenzado a dictar cursos sobre sexualidad. En cierto modo el libro fue pionero en su género, dado que los nuevos títulos publicados en estos años sobre la sexualidad en la adolescencia tenían formato académico. De todas formas, en consonancia con la idea de que la educación sexual abarcaba un conjunto amplio de procesos, la compilación no trató exclusivamente sobre la sexualidad. Esta era considerada un elemento decisivo de la conquista de la madurez afectiva y la realización individual que debía conducir a la formación de una familia donde cada uno de sus integrantes pudiera vivir plenamente.²⁰

Para apoyar su propuesta, Giberti apeló a las distintas facetas de su actividad, que se retroalimentaron mutuamente. Al consolidarse su propuesta de la Escuela para padres, ésta se convirtió en el eje central de su posicionamiento y desde este marco, su trabajo se inscribió internacionalmente. Como explicó en el prólogo de su segundo libro, la experiencia era parte de una "institución internacionalmente conocida", integrada a la Federación Internacional de Escuela para Padres y Educadores, con sede en París, que contaba a la autora como miembro del Consejo Directivo y representante en Argentina. A la Federación se sumaban otras organizaciones, instituciones y eventos que completaban su inscripción internacional, como su participación en el Centro Internacional de la Infancia (1959), el Congreso Mundial de Psiquiatría en Canadá (1961) y en la Comisión Internacional sobre el Status de la Mujer (1964).²¹ En primer lugar, entonces, Giberti apeló a su inserción internacional para legitimar su propuesta y su posicionamiento a nivel nacional, permitiéndole centralizar las actividades de las Escuelas para padres creadas en el país y valorizarla frente a la creciente oferta psicológica que apuntaba a cubrir la misma necesidad.

En segundo lugar, además de estos efectos algo instrumentales, la inserción internacional reafirmaba un posicionamiento más global mediante el cual el emprendimiento era presentado como una necesidad derivada de transformaciones que afectaban a las sociedades contemporáneas. En esa dirección, al igual que otros autores, Giberti inscribió su emprendimiento en el marco de las necesidades generadas por los cambios históricos producidos por la urbanización y

la industrialización, explicando cómo esos procesos habían influido sobre las dinámicas familiares, según la matriz germaniana. Así, la familia "tradicional" fue presentada aislada, jerárquica y extensa en contraste con la familia "moderna", concebida democrática, móvil, igualitaria. Esta visión suponía que el sentido del cambio era inexorable: "La evolución se presenta en todos los terrenos y sólo cabe aceptarla o convertirse en un desadaptado". De allí, que el rechazo de los cambios quedase asociado a los prejuicios de otra época, destinada a ser superada. De tal forma, el enfrentar los prejuicios significaba una lucha en la dirección de la historia, la cual podía conectarse con valores tan simples como la autenticidad, otorgándole sentido a las actitudes personales en función del análisis del proceso de modernización a escala mundial.²²

Esta perspectiva estaba implícita en las apelaciones constantes a "la vida actual", "el mundo de hoy" o "la familia de nuestros tiempos", es decir, nociones imprecisas y escasamente formalizadas, dentro de una especie de sentido común sobre la existencia de cambios en las dinámicas sociales y familiares a escala mundial. Desde este ángulo, el surgimiento de Escuelas para padres en distintos países y regiones, y entre ellos en Argentina, era presentada como una manifestación de los "cambios actuales". De tal forma, la dimensión internacional de los cambios fundamentaba la necesidad del emprendimiento de Giberti y, al mismo tiempo, éste evidenciaba que el país estaba en la senda marcada por la urbanización.

En tercer lugar, los procesos de otras latitudes, especialmente de los países europeos y los Estados Unidos, intervenían en el planteamiento de los temas concretos con la intención de fortalecer la pertinencia del problema y la validez de la postura tomada por la autora mediante informaciones de otros países. Este tipo de aproximaciones adquirirían fuerza cuando Giberti no podía apelar a su propia experiencia o cuando la temática podía generar debates como era el caso de la sexualidad, las nuevas identidades juveniles y los cambios en la posición de la mujer. Esta estrategia asumió dos modalidades diferentes. Por un lado, las referencias a los procesos de otras latitudes estaban mediadas por un conjunto de referentes extranjeros. Por otro, existían remisiones a la dimensión transnacional sin la mediación de un aparato erudito.

Las referencias a autores extranjeros eran abrumadoras en contraste con los escasos, aunque significativos, referentes argentinos como Gino Germani, Florencio Escardó, Enrique Pichón Rivièrè, Telma Reca, Arminda Aberastury y Francisco Romero. Entre los referentes extranjeros, muchos de los cuales habían sido publicados en Argentina por Gino Germani, existían autores que parecían ser desconocidos para los lectores, dado que la autora necesita presentarlos o hacer mención de sus trayectorias, mediante los cuales se ofrecía información cuantitativa y cualitativa, entre quienes puede incluirse a Wright Mills, Karen Horney

y Gordon Allport. En cambio otros autores parecían ya contar con prestigio en el medio, como Bertrand Russell, Herman Hesse, Ana Freud, Alfred Kinsey, Erich Fromm, ya que eran referidos directamente o bajo el supuesto implícito de que resultaban conocidos por los lectores.²³ De más está decir que estas citas mostraban la actualización de Giberti, fortalecían su posición, la legitimaban como una divulgadora autorizada, convirtiéndose en mediadora entre el público y un saber a escala internacional o, incluso, universal. De hecho, la autora resumía las ideas de los autores para adecuarlos al gran público, al espacio de una nota y al registro periodístico, poniendo en circulación un conjunto vasto de distintos autores, campos, disciplinas, registros y corrientes. Apelaba, por supuesto, a la psicología, pero también a la sociología, la antropología e, incluso, a la biología, convirtiéndose en una divulgadora no sólo del paradigma psicoanalítico sino también del sociológico y antropológico.

La heterogeneidad también se expresaba en una gran diversidad de perspectivas teóricas, conceptuales y metodológicas aún cuando las marcas conceptuales más fuertes provienen del psicoanálisis, el culturalismo norteamericano y el funcionalismo. En relación al psicoanálisis inicialmente Giberti se apartaba de los postulados más ortodoxos, poniendo distancia del padre fundador y prefiriendo a los discípulos que habían relativizado el papel de la sexualidad, pero más adelante, como ya se ha planteado, asumió la teoría freudiana. Así, por ejemplo, en la edición publicada en 1961 se rechazaba la teoría de Freud de la neurosis, diciendo que hacía de los chicos "seres complicadamente sexualizados" y se prefería la perspectiva "armónica" y "equilibrada" de los culturalistas norteamericanos.²⁴ En cambio, en la compilación de 1968 se remite a las fases freudianas de la evolución la sexualidad. No obstante, la huella del culturalismo siguió presente, siendo especialmente relevante la figura de Erich Fromm. Esta perspectiva se articulaba con un análisis de las relaciones familiares realizados desde el funcionalismo que, mediante el uso de las nociones de status, función y rol, naturalizaba las diferencias al interior de la familia, en cierto modo, en sintonía con la teoría de la modernización.²⁵

Giberti realizó una lectura propia de los autores y una apropiación selectiva. Así, por ejemplo, al abordar el tema de las relaciones sexuales entre los adolescentes apeló a datos estadísticos de Austria, Alemania, Francia y Estados Unidos, los cuales mostraban, según Oscar Lachner, que el adelantamiento de la maduración sexual ofrecía más ventajas que desventajas. Pero, después de elogiar al autor, Giberti matizó la radicalidad del planteo, alertando sobre las nuevas enfermedades físicas y psicológicas provocadas por la aceleración madurativa, negándose a establecer una conclusión desde la lógica de pérdidas o beneficios. Otra estrategia usó frente a la exposición del cuerpo desnudo de los padres ante los hijos, catalogada despectivamente de "vanguardismo psicológi-

co", ya que obvió toda referencia al complejo de Edipo y recurrió a un artículo de una revista médica norteamericana, explicando que sus autores, al igual que ella, no podían considerarse "ningunos puritanos", en el cual se sostenía que los niños al ver desnudos a los padres aprendían una "sensualidad" basada en un concepto adulto de la sexualidad.²⁶

En otros casos, Giberti remitía a la dimensión transnacional de los nuevos estilos, modas y costumbres, sin apelar al aparato erudito. Así, por ejemplo, al referirse a los hippies, tratando de discernir cómo actuar y qué posición tomar ante su llegada a la Argentina, Giberti sostiene que las "melenas" y los "ritmos frenéticos" eran expresiones que los adultos debían comprender como parte de la "vida instintiva" que era necesario encauzar al servicio de la formación del "yo", ya que los jóvenes estaban creando un mundo propio, con gustos y demandas particulares. Sin embargo, este movimiento juvenil contenía, desde su visión, tendencias peligrosas ya que los bailes, la moda unisex y los ídolos "andróginos" como los Beatles y Rita Pavone podían favorecer la "confusión sexual" en una época en la cual incluso los adultos ya no estaban seguros de lo que "actualmente" correspondía al hombre y a la mujer, agravando la desorientación natural de los adolescentes. De allí, que la reafirmación de la identidad masculina y femenina era considerada de vital importancia.²⁷ Los límites de la aceptación de cambios en los roles de las mujeres y los hombres consistían en el mantenimiento de las diferencias de género y en el rechazo de la homosexualidad, que cuando se convertía en patrón estable era asimilada a una patología.

Puede verse, entonces, que Giberti ofreció una orientación sobre el modo apropiado de interpretar los procesos transnacionales en función de un diagnóstico que contemplaba los supuestos parámetros de la realidad local. En ese sentido, su público pareciera haber encontrado en sus notas un medio para comprender los desafíos producidos por los cambios en los valores y las ideas respecto a las relaciones de pareja, la sexualidad y la crianza de los hijos, como muestran las cartas de lectores, cuyo estudio aquí no puede desarrollarse. Mabel M. de N., por ejemplo, le explicaba las dificultades que tenía educar a sus hijos en "el concepto tradicional", es decir, con "buenos modales" y respeto hacia "los ejemplos" de la casa y a la vez convertirlos en seres espontáneos y sin represiones. Y Sara, quien estaba a punto de casarse rondando los cuarenta años, la consultaba sobre la forma de explicarse a su novio que no era virgen. La utilidad de las notas era resaltada por los muchos lectores que le preguntaban sobre los planes de edición de un libro porque, como señalaba Edgardo Julio B. quién estaba por casarse y quería "aprender a ser padre", deseaban tener la serie completa como referencia de cabecera.²⁸

En resumen, la dimensión transnacional jugó un papel decisivo en la legitimación de la propuesta de Giberti. Los cambios en la sexualidad se inscribieron

en un proceso histórico propio de las sociedades modernas, que era puesto en evidencia mediante los autores extranjeros, quienes servían para ilustrar los procesos, apoyar las interpretaciones y dotar de prestigio a la autora. Esto facilitó su papel como una traductora y mediadora entre las tendencias transnacionales y el escenario local, dentro del cual legitimaba su posición en la actualización de sus conocimientos y su inserción internacional que, como en el caso de la Escuela para padres, mostraba la sintonía de la Argentina con el proceso de los países europeos. Esta visión no implicaba la promoción indiscutida de interpretaciones y modas. Por el contrario, Giberti realizó una lectura selectiva, estableció distancia con los autores que difundía y matizó las posturas más radicales. En definitiva adaptó un vasto universo de lecturas, procesos y fenómenos con la intención de promover cambios en las dinámicas familiares y ayudar a los lectores a posicionarse frente a tendencias consideradas mundiales e ineluctables que provenían del sentido de la historia. Esta legitimación le permitió poner en circulación una nueva pedagogía que introducía un cambio radical en la forma de entender la sexualidad que pasó a ser considerada un aspecto central del desarrollo de los niños y adolescentes desde los primeros días de vida y que exigía ser tratado franca y abiertamente. Estos valores podían integrar una especie de plataforma básica de una nueva pedagogía cuyos objetivos, aparentemente livianos y tímidos, en el marco del avance del autoritarismo eran resignificados por el escenario social y político, enlazando el universo privado y el público.

Primera Plana: la provocación como misión

En los años sesenta, *Primera Plana*, una revista de actualidad creada por Jacobo Timerman, introdujo en la Argentina un nuevo estilo periodístico caracterizado por una diagramación atractiva y un lenguaje propio, un equipo de destacados periodistas jóvenes, como Tomás Eloy Martínez y Ernesto Schóo y temáticas nada convencionales.²⁹ Entre los columnistas invitados se contaron Florencio Escardó, Enrique Pichón Rivière, uno de los referentes intelectuales de más prestigio en la época, y Jorge Romero Brest, quien dirigía el espacio de arte del Instituto Di Tella.

El emprendimiento estaba destinado a un público mayoritariamente masculino, de clase media y media alta, formado por ejecutivos y profesionales. Un año después de su primer número, el éxito parecía haber coronado la apuesta. Según un estudio de opinión pública, una técnica que recién comenzaba a utilizarse en la Argentina, *Primera Plana* era leída por 250.000 personas semanalmente, de las cuales el 70% se desempeñaba en actividades con "capacidad de decisión" y habían logrado por sí mismos estas posiciones, como correspondía al proto-

tipo del *self-made man* proclamado por la revista.³⁰ En concordancia con esta imagen, se suponía un lector activo, inteligente y cómplice al cual se gratificaba con la ilusión de pertenecer a un círculo elitista y desenfadado al que los periodistas se dirigían para informarlo y darle la opinión de quienes se situaban en la vanguardia literaria y artística. Sin embargo, la revista asumió el objetivo de educar y moldear las opiniones políticas y los gustos culturales de estos nuevos sectores en ascenso.³¹

Primera Plana se legitimó en una visión del país y del lugar que se auto-signaba en ella. Su misión era modernizar a la sociedad argentina según los estándares de las grandes capitales, posicionándose como la mediación del capital simbólico entre lo nuevo y lo viejo, el pasado y futuro, lo nacional y lo internacional.³² Esta misión era encarnada por su modelo periodístico, que unía a *Time* y *Le Monde*.³³ En el plano político, la revista apoyó la intervención de las Fuerzas Armadas, favoreciendo supuestamente a los sectores aperturistas, posición que condujo a plegarse al derrocamiento del presidente constitucional Arturo Illia y que finalmente la llevó a ser censurada por los sectores golpistas a los que había promovido;³⁴ en el plano cultural impulsó las vanguardias --los *happenings* del Di Tella, el cine de autor francés, inglés y sueco, y la literatura latinoamericana-- y en el intelectual al psicoanálisis, la sociología científica, el existencialismo y el estructuralismo, suponiéndolos un marco compartido con sus lectores.

Desde este contradictorio posicionamiento, la revista aplaudía la experimentación y la irreverencia frente a las pautas culturales dentro de las cuales figuraban la vida familiar, la crianza de los niños, las relaciones de pareja, la sexualidad y el erotismo. En sus páginas cabían preguntas cuya formulación hacía las veces de un manifiesto sobre la necesidad de olvidar la mojigatería y hablar sin eufemismos de la sexualidad: ¿los hombres aceptaban relaciones de pareja igualitarias?, ¿qué decían los graffiti de los baños del erotismo femenino?, ¿cuántas veces por semana tenían sexo los matrimonios? La provocación marcó la pauta de comunicación de *Primera Plana* no sólo porque habló sin prejuicios sobre la sexualidad, sino también porque se vanaglorió de desafiarlos.

Las relaciones familiares fueron leídas en los marcos sociológicos, dentro de los cuales la modernización significaba relaciones de pareja más igualitarias, derivadas de un nuevo status de la mujer, la participación del padre en la crianza de los niños, el rechazo del autoritarismo y en cierto modo del machismo, la superación de la doble moral, la aceptación del divorcio y de las familias "reconstituidas". Dentro de esta lectura, la sexualidad tenía un papel central para la personalidad y la realización individual, se hablaba con naturalidad de las relaciones prematrimoniales, se consideraba un arcaísmo el otorgar importancia a la virginidad de las mujeres, se bregaba por la educación sexual en ámbitos

educativos, se valoraba positivamente que las relaciones tendieran a unir el erotismo y el amor, pero, también, se legitimaban relaciones basadas exclusivamente en el deseo sexual, incluso se dudaba que el matrimonio resolviese la felicidad sexual. Por supuesto, en las mismas páginas en las cuales se cuestionaba el machismo, podía verse una publicidad donde una secretaria estaba sentada provocativamente frente a un ejecutivo. Además de estas contradicciones, los cambios propugnados no desafiaban la heterosexualidad y la pauta nuclear de unión. En tal sentido, la homosexualidad, el amor libre y las nuevas modalidades de convivencia colectiva fueron temas menos frecuentemente abordados y en los cuales predominaba una mirada distante.³⁵

Las nuevas actitudes hacia la sexualidad se validaron mediante la difusión de ideas, argumentos y modelos y de una oferta de profesionales, técnicas y servicios que colaboraban con el cambio. Cada uno de estos recursos adquiría sentido en función de la certeza de estar viviendo una etapa de transición de la sociedad tradicional a la moderna, dentro de la cual *Primera Plana* asumía la tarea de encabezar los cambios, y cuyas tendencias podían observarse en los países desarrollados y las grandes capitales. En tal sentido, la modernidad estaba representada por los países europeos y por Estados Unidos, dentro de los cuales se le otorgaba especial atención al papel cultural de las metrópolis que permitían establecer una relación de carácter supuestamente natural entre Buenos Aires, Nueva York, París y, en menor medida, Londres. En ese sentido, la revista se pensaba como un puente entre la modernización de la capital porteña y el resto de las grandes ciudades del cono sur.³⁶

De este modo, la misión de la revista implicaba una articulación entre la escala mundial y la local, que la colocaba en la avanzada de las transformaciones. Este objetivo se materializó en acuerdos de exclusividad con el *New York Herald Tribune* y *Newsweek*, la publicación de numerosas referencias a la prensa extranjera, un sistema potente de corresponsalías y frecuentes notas de enviados especiales, que crearon un estilo propio. A partir de estas modalidades pueden detectarse distintas estrategias de apelación a la dimensión transnacional.

En primer término, la revista usó una estrategia mediante la cual las costumbres y prácticas de la sociedad argentina eran observadas a través del prisma de las vigentes en las sociedades europeas y norteamericanas, refiriéndolas directa o indirectamente. Esta perspectiva tuvo notable importancia en una serie de notas, publicadas en una sección especial llamada "Vida Moderna", en las cuales se instaló una nueva mirada de las actitudes respecto a la pareja y la sexualidad donde se conjugaba un diagnóstico y un programa de cambio, realizado desde los marcos del psicoanálisis y de las ciencias sociales. Para ello se usaban técnicas sociológicas y antropológicas con el objetivo de descubrir las prácticas y valores de los argentinos y argentinas respecto al matrimonio, la vida de pareja,

la sexualidad y el erotismo, entre otros temas. En estas notas, con curiosidad etnográfica, se definían los rasgos, actitudes y valores de los argentinos en función de un "otro" externo que servía de parámetro de evaluación, haciendo que más allá del tópico específico, todas las encuestas contuviesen una misma y reiterada interrogación sobre el grado de modernidad y el grado de tradicionalismo de la sociedad argentina.

En muchos casos las referencias al "otro" externo eran explícitas y asumían el papel de disparadores de la indagación. Así, el sonado triángulo entre John Profumo, el secretario de Estado británico de Guerra, Christine Keeler, una "call girl" de alto nivel, y Eugene Ivanov, un agente de inteligencia soviético, el cual supuestamente había despertado una ola de simpatías en todo el mundo, fue el pie para la primera encuesta sobre las opiniones acerca del "amor erótico" y la infidelidad entre veintidós "mujeres argentinas". Los resultados mostraban que las mujeres eran más tolerantes con la infidelidad del varón que con la de su mismo sexo, respetaban el matrimonio, rechazaban el aborto y pasaban por alto su insatisfacción sexual. Pero, también, que estaban a favor de la limitación de la natalidad y de la educación sexual, y que, entre las casadas, se apoyaba la iniciación sexual antes del matrimonio. Lo más irreverente resultó la transcripción de algunas opiniones en las cuales se reconocía que los matrimonios perduraban gracias a los amantes y que la falta de relaciones prenupciales era la causa de la "gran cantidad de neuróticas". El resumen del periodista señalaba que las argentinas estaban dando un "gran salto" desde "su tradicional severidad" en asuntos amorosos, producto de su pasado latino, a una "libertad de análisis", es decir a una visión más abierta.³⁷

De tal modo, la realización de una encuesta se amparaba en las repercusiones de un escándalo de dimensiones internacionales y las opiniones de las entrevistadas eran evaluadas en función del proceso de modernización. Las cartas de los lectores también hacían presente la dupla tradicional/moderno y la relación local/internacional para posicionarse ante el tópico. Inés de Bongiovanni decía que la mujer argentina sólo estaba dando un "saltito" y que lo único que hacía libremente respecto al sexo era hablar. En cambio, Hugo Oscar Mansilla preguntaba qué necesidad existía para hacer una encuesta como el "famoso" informe Kinsey, resaltando que las costumbres en Europa y EE.UU. eran muy diferentes de las "nuestras", dado que en Argentina no habían sufrido los efectos de dos guerras. Y Carlos J. Sendin sentenciaba que "el puritanismo fingía que el sexo no existía, [y que en cambio] los modernos creen que **nada más** existe", intentando situarse por encima de ambos. Estas opiniones muestran que mientras para la revista no había dudas sobre qué significaba ser moderno, sus lectores dotaban al término de un amplio abanico de significados.³⁸

El éxito de la provocación condujo a perfeccionar el género de las encuestas, las que más allá de sus resultados inauguraron una nueva forma de bucear en la identidad nacional a partir del análisis de los valores y prácticas relativas a la vida privada que adquirirían sentido en función de los que predominaban en las sociedades urbanas e industriales, como las europeas y norteamericanas.³⁹

Una segunda estrategia de la revista apuntó a la difusión amplia de noticias, modas y estilos de vida que les permitían a los lectores enterarse de los rompecabezas daneses para que los niños aprendieran a conocer los órganos sexuales, la tendencia unisex de los adolescentes en Estados Unidos, las bandas juveniles en Alemania e Inglaterra, la moda nudista en Europa y la noche bohemia neoyorkina.⁴⁰ De este modo, se difundían tendencias "actuales" y "modernas", que rara vez eran adjetivadas negativamente y que podían ser entendidas, en todo caso, como excentricidades de las sociedades avanzadas. Estas notas daban el tono de la época y creaban la ilusión de estar al día con las tendencias de avanzada en el mundo, al que los nuevos sectores medios deseaban pertenecer.

Además, las noticias jugaron un papel más concreto en la promoción de las transformaciones mediante la divulgación de informaciones útiles a la hora de asumir nuevos comportamientos y actitudes, particularmente en relación a la anticoncepción, y la puesta en circulación de argumentos que podían ser usados en el escenario local. Por ejemplo, amparándose en el alto número de norteamericanos que, según una encuesta reciente, desconocían la fisiología sexual, se explicaba detalladamente la forma en la que actuaban las pastillas sobre la ovulación. También se pasaba revista a las investigaciones norteamericanas sobre sus efectos colaterales, afirmándose que, contra de lo que pensaban los "científicos conservadores", no existían evidencias de que las píldoras generaran flebitis o cáncer, y que a lo sumo se había registrado que las mujeres aumentaban de peso, atribuyéndolo a la estabilidad emocional provocada por la posibilidad de gozar del sexo sin temor al embarazo.⁴¹

Esta información apuntaba a definir posturas y actitudes tanto en la esfera individual como en el plano de las instituciones públicas y los actores colectivos. Un objetivo similar parece haber tenido la amplia difusión de ideas y opiniones de autores extranjeros que incluía desde estudios biológicos sobre la sexualidad de los animales, reseñas de libros polémicos en el extranjero, como *Human Sexual Response* en Estados Unidos o *La Raison Erotique* en Francia, y las remisiones constantes a investigaciones, como la historia sobre el erotismo de Lo Duca o la investigación de Mayone Stycos sobre el machismo.⁴² Dentro de esta estrategia, resulta especialmente interesante el papel cumplido por la cobertura de opiniones a favor de los cambios en la sexualidad entre aquellos actores o sectores sociales del espectro conservador como las familias católicas norteamericanas a favor de la píldora anticonceptiva, las de la comisión formada

por el Vaticano para tratar el tema del control de la natalidad o Monseñor Víctor Heylen, profesor de ciencias sexológicas de la Universidad de Lovaina, quien se atrevía a debatir científica y públicamente sobre la homosexualidad.⁴³ Con estas notas, la necesidad de los cambios resultaba potenciada al haber sido contemplada por fuerzas consideradas tradicionalistas y se difundían argumentos que podían tener especial importancia dentro de los debates en el escenario local.

Un efecto diferente parecen haber tenido las notas sobre literatura y arte en las cuales se retrataba un clima cultural dentro del cual los nuevos modelos de sexualidad y de relación de pareja parecían estar absolutamente instalados, mostrando la existencia de un nuevo sentido común, y dotándolo de glamour. Así, por ejemplo, el relato intimista de la vida parisina de Julio Cortázar y Aurora Bernárdez ofrecía a los lectores el ideal romántico de la pareja bohemia europea que se fundía en un solo ser y Geraldine Chaplin representaba a la joven a quién le bastaba saberse enamorada de Saura, para decidirse a compartir con él la vida. En una dirección similar, la reseña de una película podía mostrar el nuevo horizonte de valores, como sucedía con la dirigida por Jörn Donner, que evidenciaba la importancia de la libertad sentimental y de la sexualidad para la afirmación personal de la mujer.⁴⁴

Dentro de esta forma de legitimación de modelos culturales cobraron entidad las campañas en contra de la censura de expresiones artísticas, que en el caso de obras extranjeras evidenciaban con fuerza el atraso de la Argentina, un argumento de peso que fue usado incluso, según Daniel Mazzei, como forma de desprestigiar a Arturo Illia en la campaña de la revista en su contra de 1966. Pero la censura puesta en acción por Onganía tuvo un carácter más pronunciado que la del gobierno democrático, como experimentó rápidamente la propia redacción cuando en agosto de 1969 el gobierno cerró *Primera Plana*.⁴⁵ En ambos casos, las prohibiciones evidenciaban el atraso del país como el recorte de la película *Blow up*, una expresión "reconocida mundialmente" o la censura de *Sexus* de Henry Miller, catalogada como una de las reivindicaciones del sexo más considerables de la literatura moderna, que en Argentina había sido prohibida, entre muchas otras obras, como *Lolita* de Vladimir Nabokov, *Ojo mágico* de Asimov y *El silencio* de Bergman. En la misma dirección, funcionaba el contraste entre el mundo que aceptaba el nudismo y las autoridades argentinas que prohibían las minifaldas y los bikinis.⁴⁶

De este modo, *Primera Plana* legitimó su misión de impulsar la modernización de las costumbres sexuales mediante una amplia difusión de referentes, modas, estilos y actitudes provenientes de las sociedades norteamericanas y europeas. Las noticias, reseñas y opiniones acerca de los cambios en las relaciones de pareja y en la sexualidad en los países urbanizados funcionaban como modelos de los cambios a introducir en la Argentina, eran usados como medida

de contraste para evaluar las actitudes tradicionales y modernas y contribuían a los debates y el clima de opinión en el medio local. En esta operación de legitimación, la revista puso en circulación un nuevo lenguaje para hablar de la sexualidad y un conjunto de ideas y valores que contravenían los mandatos de la domesticidad.

Conclusión

Este análisis muestra que los actores culturales bajo examen propusieron transformaciones significativas en las formas de vivir y concebir la vida sexual. Estas propuestas estuvieron marcadas a fuego por la dimensión transnacional de la revolución sexual que permitieron la divulgación y apropiación de ideas, modas y noticias destinadas a que los lectores pudiesen reflexionar, protagonizar y adaptarse a los cambios que estaban produciéndose en la vida sexual en las sociedades urbanas. En otras palabras, los discursos y empresas comprometidas con la modernización cultural promovieron la valoración y exploración de la vida sexual mediante la resignificación de informaciones e interpretaciones provenientes de otras regiones con la intención de influir en el escenario local.

A pesar de estos rasgos comunes, son notorias las diferencias entre la perspectiva de Eva Giberti y la de *Primera Plana*. En el primer caso, la legitimación en autores y procesos extranjeros condujo a la morigeración de las aristas que podían considerarse más transgresoras, aquellas que podían violentar al amplio público masivo. En el segundo caso, la provocación adquirió la envergadura de un manifiesto. Aún cuando se suavizaron las expresiones más radicales de la revolución sexual, los estilos de vida de las sociedades desarrolladas adquirían el valor de modelos a implantar en la Argentina. De tal modo, mientras Giberti ofrecía a sus lectores un camino para incorporarse a los cambios producidos por la modernización social en el cual se trataba de contemplar las pautas culturales imperantes, *Primera Plana* les ofrecía otro mediante el acicate del desafío, haciendo evidente la distancia entre su programa y las creencias del público, entre el modelo a seguir y la realidad del país.

La comprensión del alcance de estos programas modernizadores debe contemplar los sentidos peculiares que adquirirían en el contexto del modelo de domesticidad vigente en la Argentina en los años cincuenta y en el marco de la impronta moralizadora y católica de los sectores autoritarios en los años sesenta. De tal forma, las críticas de Giberti a las relaciones familiares autoritarias y el desenfado de *Primera Plana* implicaban una toma de posición que trascendía largamente el plano de la vida privada, integrándose a una plataforma de cambios que involucraba la cultura y la sociedad en su conjunto.

El análisis de estos emprendimientos muestra las complejas formas en que fue utilizada la experiencia transnacional para impulsar los cambios en las costumbres sexuales en una sociedad que los actores creían tradicional y conservadora. Evidencia también los múltiples contenidos que era posible atribuir a la noción de modernidad, mostrando el peso de una especie de sentido común construido sobre la base de la teoría de la modernización del cual emanaba un mandato que era al mismo tiempo un credo y un destino inevitable.

NOTAS

Este trabajo forma parte de mi investigación de doctorado: "Cambios y continuidades en el modelo de familia. Cortejo, noviazgo y relaciones de pareja en los sectores medios porteños (1950-1970)", dirigida por Eduardo Míguez, cuya realización ha sido financiada con el aporte de la Fundación Ford en el marco del proyecto "Sexualidades, Salud y Derechos Humanos en América Latina", de la Universidad Cayetano Heredia. Agradezco especialmente los comentarios de Paula Bontempo, Lila Caimari, Vania Markarian, Eduardo Míguez y Mario Pecheny a versiones preliminares de este texto así como la atenta y sugerente lectura del evaluador anónimo de la revista.

1. Véase, entre los trabajos más relevantes, María del Carmen Feijoo y Marcela Nari, "Women in Argentina During the 1960s", *Latin American Perspectives*, Winter 1996, vol. 23, num. 1, pp.7-27 y Karina Felitti, "El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta" en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, María Gabriela Ini (dir.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 155-171. Una perspectiva similar asume el análisis demográfico de Susana Torrado, aun cuando sus conclusiones muestran que en el largo plazo los cambios en la Argentina fueron concordantes con los fenómenos a escala mundial, Susana Torrado, *Historia de la familia en la Argentina Moderna*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, pp. 653-661. Vale aclarar que la evaluación local en función de parámetros de otras latitudes no es siempre manifiesta y tampoco patrimonio de las investigaciones sobre la sexualidad.
2. Sergio Pujol muestra la interrelación de estas dimensiones, aun cuando no la analiza en forma específica, Sergio Pujol, *Los años sesenta en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2002.
3. Entre otros, Anthony Giddens, *Runaway World*, New York, Routledge, 2003, pp. 6-19 y 51-66 y Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo Veinte*, Barcelona, Crítica, pp. 328-329.
4. Esta perspectiva en Eric Zolov, *Refried Elvis: The Rise of the Mexican Counterculture*, Berkeley, University of California Press, 1999.
5. Un resumen de estos cambios en Catalina Wainerman y Rosa Geldstein, "Viviendo en familia: ayer y hoy" en Catalina Wainerman, (comp.), *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF-Losada, 1994, pp. 183-238 y Susana Torrado, *ob. cit.*, pp. 240-329.
6. Sin intenciones de exhaustividad, se remite a Eduardo Míguez, "Familias de clase media: la formación de un modelo" en Fernando Devoto y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en Argentina. La Argentina plural (1870-1930)*, Tomo 2, Buenos Aires, Taurus,

- 1999, pp. 21-45; Marcela Nari, *Las políticas de la maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos, 2004; Dora Barrancos, "Inferioridad jurídica y encierro doméstico" en Fernanda Gil Lozano, Valeria Silvina Pita y María Gabriela Ini (dir.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Colonia y siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 111-127; Susana Torrado, *ob. cit.* Asunción Lavrin, *Women, Feminism & Social Change in Argentina, Chile, & Uruguay, 1890 - 1940*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1995.
7. Sergio Pujol, *ob. cit.*, pp. 106-107; Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 98; Gonzalo Aguilar, "Televisión y vida privada" en Fernando Devoto y Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en la Argentina*. Tomo 3, Buenos Aires, Santillana, 1999, pp. 258-259.
 8. Oscar Terán, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 154. Para un análisis de la censura: Andrés Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983/1*, Buenos Aires, CEDAL, 1986.
 9. Susana Torrado, *ob. cit.*, pp. 53-55 y 400-401 y Catalina Wainerman y Mariana Heredia, *¿Mamá amasa la masa? Cien años en los libros de lectura de la escuela primaria*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1998, p. 195. Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 78.
 10. Sergio Pujol, "Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes", pp. 283-237 en Daniel James, (dir.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003, pp. 286-298 y 310-314; Sergio Pujol, *ob. cit.*, 2002, p. 77; Valeria Manzano, "Sexualizing Youth. Morality Campaigns and Representations of Youth in Early 1960s Buenos Aires", s/d, mimeo, 2004; María Matilde Ollier, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel, 1998, pp. 90-91.
 11. Sobre el papel de los actores culturales en la modernización, véase, Mariano Plotkin, *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003. pp. 149-187, Sergio Pujol, *ob. cit.*, pp. 43-153, María del Carmen Feijoo y Marcela Nari, *ob. cit.*, pp.7-27 y Karina Felitti, *art. cit.*, pp. 155-171.
 12. Véase, Alejandro Blanco, "Ideología, cultura y política: la Escuela de Frankfurt en la obra de Gino Germani" en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Programa de Historia Intelectual, Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, "Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina" en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 43, núm. 169, abril/junio de 2003 y *Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina*, Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, 2001. También Jorge Raúl Jorrot y Ruth Sautu (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992. Con respecto a la difusión del paradigma psicológico y del psicoanálisis, Mariano Plotkin, *ob. cit.* y Hugo Vezzetti, "El psicoanálisis y las ciencias sociales. Enrique Pichón Rivière y Gino Germani" en *Anuario de Investigaciones*, núm. 6, Facultad de Psicología, UBA, 1998.

13. Mariano Plotkin, *ob. cit.*, pp. 169-175 y entrevista de la autora con Eva Giberti, Buenos Aires, 12 de diciembre de 2004.
14. Véase, además, Eva Giberti, *Adolescencia y Educación sexual*, Buenos Aires, Roberto O. Antonio Editores, 1977 [1969 1ª. edición], pp. 15-16 y Archivo Eva Giberti (en adelante AEG), Carpeta Escuela para Padres, "Estatutos de la Escuela para Padres de la cátedra de pediatría de la Facultad de Medicina", s.f. y "Escuela para Padres de Argentina" en *Boletín Informativo*, núm. 2, Buenos Aires, ca. marzo de 1966 y *Boletín Informativo*, núm. 3, Buenos Aires, mayo de 1966.
15. Eva Giberti, *Escuela para padres*, Tomo 1, Buenos Aires, Editorial Campano, 1963, [1961 1ª. edición], pp. 24-25, 52-53 y de la misma autora, *Adolescencia...*, p. 533.
16. Mariano Plotkin, *ob. cit.*, p. 172. Ejemplos en AEG muestran esta diversidad de públicos. Entre otros, carta de Nicolás Ramos Barman, Buenos Aires, 5 de setiembre de 1963 y de Imelda Dos de Zamhorain, Buenos Aires, 18 de julio de 1963, carta de la Asociación Israelita de Villa Devoto, Buenos Aires, 14 de mayo de 1962.
17. Véase, Eva Giberti, *Escuela...*, Tomo 1, pp. 69 y 259-262, y Tomo 2, Buenos Aires, Editorial Campano, 1963, [1961 1ª. edición], pp. 212-214.
18. Esta interpretación en Mariano Plotkin, *ob. cit.*, pp. 169-175. La autocrítica de la autora en: Carlos Ulanovsky, "Autocrítica de Eva Giberti. La crisis de 'Escuela para padres'", *Clarín*, 31 de julio de 1983, pp. 18-20 y Eva Giberti, *Tiempos de Mujer*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998, pp. 12-14.
19. Eva Giberti, *Escuela...*, Tomo 2, pp. 51-81. En el mismo sentido, Plotkin, *ob. cit.*, p. 173.
20. Eva Giberti, *Adolescencia...*, pp. 468-472 y 557.
21. *Ibíd.*, p. 15 y Eva Giberti, *Escuela...*, Tomo 1, p. 302-311 y *Adolescencia...*, pp. 241 y 543.
22. Eva Giberti, *Escuela...*, Tomo 1, p. 97 y *Adolescencia...*, p. 557. Véase, Doug Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America*, New York, Columbia University Press, 1998, pp. 2-22.
23. Sobre la difusión de algunos de estos autores, Alejandro Blanco, *ob. cit.*, pp. 30-32.
24. Mariano Plotkin, *ob. cit.*, p. 173.
25. Confróntese, Eva Giberti, *Escuela...*, Tomo 1, pp. 101-102 y *Adolescencia...*, pp. 172, 460-465 y 468.
26. Eva Giberti, *Escuela...*, Tomo 2, pp. 51-63.
27. Eva Giberti, *Adolescencia y Educación Sexual*, *ob.cit.*, pp. 121-127, 168-170 y 602.
28. AEG, Carpeta de Correspondencia, carta de Mabel M. de N., Buenos Aires, 15 de abril de 1963; carta de Ruth G., Buenos Aires, 10 de abril de 1963; carta de Sara, Buenos Aires, 13 de abril de 1961; Edgardo Julio B., Buenos Aires, 2 de agosto de 1959. Se han omitido los nombres completos de los remitentes, cuando estos figuraban en la documentación, como resguardo a su privacidad.
29. Véase, Sergio Pujol, *ob. cit.*, pp. 82-88; Mariano Plotkin, *ob. cit.*, pp. 183-191; Graciela Mochkofsky, *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 90-114; Daniel Horacio Mazzei, "Primera Plana: modernización y gompismo en los 60" en Asociación Argentina de Editores de Revistas,

- Historia de las revistas argentinas*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1995, pp. 13-35.
30. "Carta al lector", *Primera Plana*, núm. 53, 12 de noviembre de 1963, p. 3.
 31. Sergio Pujol, *ob. cit.*, pp. 82-88; Mariano Plotkin, *ob. cit.*, pp. 183-191; Graciela Mochkofsky, *ob. cit.*, pp. 90-114.
 32. Sergio Pujol, *ob. cit.*, p. 87.
 33. Graciela Mochkofsky, *ob. cit.*, p. 93.
 34. Daniel Mazzei, *ob. cit.*, pp. 13-35.
 35. Entre muchos otros, véase, "Informe especial. Los otros métodos", *Primera Plana*, núm. 139, 6 de julio de 1965, p. 49; "La píldora en el ojo ajeno" en "Primera Dama" (suplemento femenino), diciembre de 1966 en *Primera Plana*, núm. 208, 20 de diciembre de 1966, pp. 44-47.
 36. Sobre la mediación latinoamericana, Sergio Pujol, *ob. cit.*, pp. 82-88.
 37. "La mujer moderna no se ruboriza pero sigue respetando al hombre", *Primera Plana*, núm. 36, 16 de julio de 1963, pp. 18-20.
 38. "Cartas de los lectores. Las argentinas y el amor", *Primera Plana*, núm. 41, 20 de agosto de 1963, p. 63; núm. 39, 6 de agosto de 1963, p.62; núm. 40, 13 de agosto de 1963, p. 62.
 39. Véase, entre otros, "Vida moderna. Sociología: los padres terribles", *Primera Plana*, núm. 136, 15 de junio de 1965, pp. 35-37; "El País. La clase media juzga al gobierno", *Primera Plana*, núm. 101, 13 de octubre de 1964, pp. 5-8.
 40. "Vida moderna. Jóvenes: los extranjeros del amor", *Primera Plana*, núm. 172, 12 de abril de 1966, pp. 38-42; "Vida Moderna. Nudistas: ¡Qué bello es vivir!", *Primera Plana*, núm. 185, 12 de junio de 1966, pp. 40-42; y "Adolescentes. La bohemia de los fines de semana", *Primera Plana*, núm. 190, 16 de agosto de 1966, p 31.
 41. "Informe especial. Vida moderna. Anticoncepción: en nombre del amor", *Primera Plana*, núm. 139, 6 de julio de 1965, pp. 46-49.
 42. Entre otros, "Vida moderna. Sociología: los padres terribles", *Primera Plana*, núm. 136, 15 de junio de 1965, pp. 35-37; "Sexología. Los ecos del estruendo", *Primera Plana*, núm. 179, 31 de mayo de 1966, pp. 42-43; "Vacaciones II. ¿Qué pasa con el sexo?", *Primera Plana*, núm. 263, 9 de enero de 1968, 263, p. 42-43, "Vida moderna. Erotismo: la idea fija", *Primera Plana*, núm. 200, 1 de noviembre de 1966, pp. 40-42; Las notas refieren a los siguientes libros: William Masters y Virginia Johnson, *Human Sexual Response*, Boston, Brown, 1966 y Lo Duca, *Histoire de l'erotisme*, Paris, La Jeune Parque, 1969. Mayone Stycos, investigador acerca de la población en América Latina, había publicado para esa época, *Family and Fertility in Puerto Rico: a Study of the Lower Income Group*, New York, Columbia University Press, 1955, entre otros títulos.
 43. "Avanzadas. Moral conyugal y otros misterios", *Primera Plana*, núm. 248, 26 de setiembre de 1967, p. 50; "Informe especial. Natalidad. Desde Copérnico no hubo riesgo igual", *Primera Plana*, núm. 88, 14 de julio de 1964, pp. 20-21; "Teología. Las píldoras de la discordia", *Primera Plana*, núm. 129, 27 de abril de 1965, p. 46.
 44. "Films. La palabra tú", *Primera Plana*, núm. 115, 12 de enero de 1965, p. 38; "Libros. La Argentina que despierta lejos", *Primera Plana*, núm. 103, 27 de octubre de 1964, pp. 36-39; "Señoras y señores. Vivir su vida", *Primera Plana*, núm. 248, 26 de setiembre

de 1967, p. 59. La película de Jörn Donner, *To Love*, ganó el primer premio a la mejor actuación en el Festival de Venecia en 1964.

45. Daniel Mazzei, *ob. cit.*, pp. 20-24.

46. "La revolución sentimental", *Primera Plana*, núm. 241, 8 de agosto de 1967, s/p; "Cine. Blow-up o la burla del año", *Primera Plana*, núm. 253, 31 de octubre de 1967, pp. 70-72; *Primera Plana*, núm. 70, 10 de marzo de 1964; "Ensayos. Tras una clave de la vida verdadera. Henry Miller", *Primera Plana*, núm. 70, 10 de marzo de 1964, p. 36; "Vida moderna. La piel del verano", *Primera Plana*, núm. 167, 8 de marzo de 1966, pp. 38-42.